

JUAN MARCH

ALGUNOS JUICIOS CON OCASION DE SU MUERTE (10-3-1962)

RAMON MENENDEZ PIDAL,
director de la Real Academia Española.

Al ver D. Juan March llegar, en momento trágico, la hora solemne de pensar en la muerte, su más apremiante cuidado fue el de agrandar su ya grande Fundación científico-literaria.

Puso así en esa Fundación una impresionante nota afectiva que la convierte en la obra más querida de su vida toda.

Ese rasgo de preferente y supremo cariño anima la construcción que por su magnitud, y guiada por eficaz propósito selectivo, puede transformar el espíritu cultural de España.

Quede el recuerdo conmovedor de este último cuidado como la más alta honra para la memoria de D. Juan March, cuya desaparición lamenta hoy el país donde es muy raro que tanto los más grandes como los más pequeños sientan el interés social que a todos nos obliga.

FRANCISCO JAVIER SANCHEZ CANTON,
director de la Real Academia de la Historia.

Sería difícil pretender condensar en pocas frases el bien que ha hecho, que hace y, sobre todo, que hará a los estudios en España la Fundación debida a la munificente generosidad de D. Juan March. La dotación cuantiosísima, duplicada desde el lecho que había de ser mortuario; la amplitud de miras con que se constituyó, acogiendo a las Letras, Ciencias y Artes; el desasimiento total del Patronato en la designación de los jurados y el respeto pleno a su independencia en el ejercicio del cargo, son innegables títulos para la gloria del fundador.

En país como el nuestro, en que el mecenazgo escasea, la figura de quien ha aventajado a cuantos lo practicaron debe presentarse como ejemplo, al lado de muy pocos: el cardenal Alborno, el arzobispo Figueroa, el conde de Cartagena, D. Francisco Cambó, distinguiendo de tiempos y de caudales.

España habrá de reconocer, cada día más, la deuda de gratitud contraída con quien, como D. Juan March, ha empleado patrióticamente sus grandes recursos en pro de nuestro desarrollo intelectual.

MODESTO LOPEZ OTERO,
director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

La muerte de D. Juan March obliga a los artistas españoles a expresarle su perdurable gratitud por el apoyo y estímulo que para ellos significa la incomparable Fundación, y afirmar su admiración por el noble propósito que la creó. Nuestra Academia de Bellas Artes de San Fernando no olvida que varios de sus miembros: el gran historiador del Arte D. Manuel Gómez Moreno, y los ilustres artistas Sotomayor, Clará, Anglada Camarasa y Benedito recibieron los grandes premios de Arte de aquella Institución meritisima. Cuando una Comisión de la Academia acudió a expresarle su gratitud por tan generosa empresa, oyó al insigne fundador decir, sencillamente, cómo su pensamiento no era otro que ayudar, en lo posible, la continuidad del glorioso Arte español que él admiraba; así lo prueba su selecta colección de obras de grandes maestros, antiguos y modernos.

ALFONSO PEÑA BOEUF,
presidente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Si se tratase de hacer una apología de los méritos de D. Juan March, yo voluntariamente formaría en vanguardia.

Traté a este ilustre prócer en varias ocasiones y pude comprender su acendrado espíritu y generosidad.

De su talento natural es bien notorio el ímpetu creador y el chispazo genial de sus iniciativas.

España tendrá que conservar siempre verdadera gratitud por su filantrópico proceder.

ESTEBAN BILBAO,
presidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.

La muerte de D. Juan March Ordinas constituye una desgracia nacional. No es que en nuestros días sobren los Virgilio, pero mucho menos abundan los Mecenas. Y March lo fue con tan generoso celo que, sin olvidar la necesidad de los humildes, supo dotar con inusitada esplendidez el progreso de la cultura patria.

Apenas si hubo alguno que llamando a sus puertas suplicando ayuda en el infortunio individual o colectivo no rindiera gratitud a la munificencia del patricio que, multiplicando millones, sabía repartirlos a manos llenas como quien cumple un deber, nunca con la jactancia protectora del donante.

Pero sobre todas esas buenas obras, cuya monta fuera difícil valorar, hay una, la más importante, por el propósito que persigue y las realidades que ofrece, capaz de inmortalizar un nombre... [la Fundación.]

Porque no sólo se han de considerar las numerosas y espléndidas becas que anualmente se reparten entre jóvenes estudiantes que ya en aulas universitarias mostraron su talento y aplicación; ni la prodigalidad del fundador, que con igual generosidad atiende a todas las más diversas ramas de la Ciencia, del Arte o de las Letras, sino, sobre todo, el acierto humanitario y cristiano de premiar con liberalidad, no una obra, ni un éxito, ni un acierto, sino la vida entera de sabios, escritores y artistas que, reclusos en sus cátedras, en sus modestos hogares, hubieron de vivir la vida acaso apretada y difícil con que la ciudad alegre y confiada corresponde a quienes, dando gloria a la cultura patria, profesan una especie de sacerdocio sin más réditos que el respeto de quienes, conociendo sus méritos, respetan su abnegación...

JUAN ZARAGÜETA,
secretario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

La nota saliente de cualquier necrología de D. Juan March será su ejemplar generosidad. Los deberes de la riqueza son ampliamente predicados por moralistas y juristas, pero no siempre expuestos con todo el alcance debido ni menos adoptados por los llamados a ello. Se reconoce entre nosotros, además de la limosna callejera, la beneficencia para la creación de instituciones llamadas a aliviar las dolencias corporales, y a lo sumo, fomentar la enseñanza en sus grados menores, que abran la puerta a carreras y oficios. Pero se atiende mucho menos a la investigación científica y a la creación literaria y artística, a ayudar para ellas o premiar a quienes las hayan cultivado en forma eminente. La Fundación March atiende a todo ello en medida desconocida en nuestra Patria. De esto hemos beneficiado en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, cuyo secretario soy, y en la persona de su presidente, D. José Gascón y Marín, galardonado con un premio de quinientas mil pesetas en atención a su gran labor jurídica. La Academia ha sido también reiteradamente invitada por la Fundación para designar un miembro de su seno que forme parte de los Jurados dictaminadores para la adjudicación de becas nacionales y extranjeras. Por todo ello suscribo el homenaje que se tributa a D. Juan March en todos los ámbitos de España y deseo que su memoria sea un estímulo a los magnates de nuestra industria, nuestro comercio y nuestra Banca para que se traduzca en una emulación de su mecenazgo.

JOSE ALBERTO PALANCA,
presidente de la Real Academia Nacional de Medicina.

La Real Academia Nacional de Medicina tiene muchos motivos de agradecimiento para D. Juan March, al que considera como un generoso protector. Cinco de nuestros académicos han obtenido la distinción creada por March como premio a una vida de trabajo: Marañón, Salamanca, Jiménez Díaz, Obdulio Fernández y Julio Palacios. Casi todos los académicos hemos turnado como jueces en la designación de premios y de becas para estudios en España y en el extranjero, y, cosa muy digna de anotarse, ninguno de nosotros recibió jamás la menor indicación sobre a quiénes debíamos otorgar estas distinciones. Procedíamos con libertad completa,

teniendo muy en cuenta nuestra responsabilidad y colaborando en lo que D. Juan March podía estimar más: el crédito creciente de la Fundación y el reconocimiento unánime de la justicia con que se procedía.

No es, pues, de extrañar que siempre que la Academia se encontrara ante una situación difícil y que tuviera una aspiración imposible de realizar, dados nuestros escasos medios económicos, acudiéramos a D. Juan March, seguros de que nos atendería. Esto se repitió una y otra vez, y la última fue con motivo de la adquisición de una Enciclopedia, tan necesaria a nuestros fines como imposible de adquirir por nosotros, dado su valor... Y la Enciclopedia figura ya en nuestra biblioteca gracias a March.

Personalmente, recuerdo que en la época de auge de la lucha antituberculosa nos encontramos con que en las Baleares no había sanatorios de ninguna clase. Recurrimos a D. Juan March y nos cedió uno que él construía para niños a muy poca distancia de Palma, en una finca suya precisamente. El sanatorio nos fue cedido, pero con una condición: si lo queríamos para adultos, como era el caso, la transformación correría por nuestra cuenta. Aceptamos, y mientras D. Juan, con la mano derecha, firmaba la escritura de cesión, con la mano izquierda, y con mucho secreto, nos dio el dinero necesario para las obras. Y también hubo aquí otra condición: que esto último no se supiese.

RICARDO MONTEQUI,
director de la Real Academia de Farmacia.

El más desinteresado creador se ve un día sorprendido por ineludibles apelaciones materiales, así como aquellos que suponemos exclusivamente entregados a acrecentar su fortuna nos asombran con sus opulentas donaciones. Entre los ejemplos posibles, es obligado recordar aquí a Nobel y Rockefeller. Alfredo Nobel unió a su sagacidad de inventor cualidades de financiero que le pusieron al abrigo de que otros más avisados se aprovecharan de sus inventos. Pero en su testamento, en que instituía los célebres premios que llevan su nombre, nos legó estas nobles palabras: "La más grande fortuna jamás trajo consigo la felicidad. Prefiero ayudar a mis fines espirituales y, entre ellos, a los soñadores idealistas que se ocupan de las Ciencias Naturales y de la Literatura, tareas más difíciles que la de quitar la vida a los hombres". Rockefeller fue, sin duda, a los negocios químicos con ánimo de dilatar su fortuna, pero terminó enamorado de su obra creadora y fue después promotor de grandes tareas científicas, que había de favorecer con filantrópicos legados. Junto a estos altos ejemplos hemos de encuadrar el de D. Juan March, sin que caigamos en la mezquina tentación de hacer comparaciones cuantitativas. A nuestro compatriota le fue dada la difícil satisfacción de contemplar en plena salud mental y física el caminar simultáneo de su complicada máquina industrial y el reverdecer de esperanzas en legítimas recompensas científicas, que parecían definitivamente soterradas en España...

La Real Academia de Farmacia, como tantas otras Instituciones culturales, se ha visto favorecida por sus generosos donativos. Pero estimamos sobre todo el honor que nos reservó llamándonos a distribuir las becas, ayudas y premios de su ejemplar Fundación, agradecidos a lo que ella significa para la Ciencia española.

JOSE MARIA ALBAREDA,
secretario general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Don Juan March ha dotado al desarrollo científico de España con la potente Fundación que lleva su nombre. No ha sido un legado, una voluntad única, sino algo realizado cuando su vida permitía poner en ello interés y empuje...

La Fundación Juan March, considerada sólo en su sector científico, ha enaltecido con sus premios a figuras que llevaban largos años dedicadas al trabajo intelectual, en épocas en que estas actividades no tenían el ambiente con que hoy cuentan; ha otorgado ayudas para la realización de investigaciones que, por sus dimensiones, en gran número de casos tienen que ser realizadas por equipos de trabajo científico; ha distribuido becas para contribuir poderosamente a la formación de la juventud investigadora en centros españoles y en laboratorios extranjeros; pero, además de toda esta atención esencial a las personas realizadoras de la labor cien-

tífica, no ha olvidado la necesidad básica de los instrumentos y ha dotado a universidades e institutos con el material que el rápido progreso técnico exige.

La magnitud de la Fundación, las cifras que muestran anualmente la distribución de toda su ayuda al desarrollo científico del país, se difunden y alcanzan una satisfactoria repercusión entre quienes se interesan por estos problemas; pero hay algo más, y es que la naturaleza de esas actividades hace que rindan frutos inmediatos y frutos lejanos; es todo un aumento de potencial, de riqueza científica, cuyas consecuencias se multiplican progresivamente...

Sobran las palabras elogiosas cuando se habla el lenguaje de los hechos.

MANUEL LORA TAMAYO,

presidente de la Comisión Asesora de Investigación Científica y Técnica.

La figura de D. Juan March define una personalidad sin precedente en el fomento del desarrollo científico de España de estos años últimos. Su visión de hombre de empresa ha tenido la amplitud suficiente para abarcar toda la valoración que al progreso de la ciencia hay que atribuir en la vida de las naciones. La formación científica, en su doble vertiente de enseñanza e investigación, constituye hoy en el mundo una inversión rentable; por ello, sirviendo al fomento de la ciencia con el magnífico mecenazgo que la Fundación March representa, se contribuye, sin duda, al desarrollo de la economía nacional.

Su último gesto, el de duplicar los fondos de la Fundación, decidido días antes de su accidente mortal y resuelto definitivamente en los primeros momentos de lucidez que siguieron a aquél, constituye en su origen y desarrollo una de las más magistrales lecciones que puede ofrecerse al mundo financiero.

ANTONIO RODRIGUEZ SASTRE

La figura de Juan March, como benefactor y como financiero, hombre de empresa y verdadero genio creador de riqueza, es del dominio público; pero existen otras facetas menos conocidas —quizá hasta ignoradas— de un extraordinario vigor para penetrar en la psicología y modo de ser de este hombre excepcional. Sólo a ellas quiero yo referirme.

Una de estas facetas era su gran preocupación por moverse siempre a impulsos de lo justo y equitativo, en tal forma que al considerar el fundamento de una reclamación exigía se examinase primero su aspecto moral, y sólo cuando éste era inatacable se pasaba a estudiar la viabilidad del asunto en el aspecto jurídico. Su prodigiosa intuición y enorme talento contribuían al acierto de sus decisiones.

Su existencia discurría en una continua dedicación a la meditación y al trabajo, intercambiando ideas e impresiones con sus colaboradores sobre el asunto o asuntos de su preocupación. Su gran capacidad de concentración y su resistencia física causaban asombro a quienes con él trataban, y su mente, ordenada y siempre joven, trabajaba con una velocidad y precisión maravillosas.

Los que hemos pasado a su lado muchas horas de cada día durante bastantes años sabemos bien cómo, a veces, iniciaba conversaciones, sin descubrir su intención, a fin de conocer mejor el pensamiento u opinión de su interlocutor; otras mantenía punto de vista contrario al que estimaba acertado, exponiéndolo con elocuencia, para así conocer si estaba o no en lo cierto. Más agradecía la exposición sincera de un parecer contrario al suyo que la sumisa conformidad. ¡Cuántas veces palabras y opiniones emitidas en conversaciones al parecer intrascendentes determinaban su posterior decisión! Entonces, en tales ocasiones, aludía a lo que, varios meses antes, se le había dicho.

Su extraordinaria memoria sólo podía compararse con su tenacidad, en la que, en gran medida, radicaba el éxito de sus empresas.

Otra de sus grandes virtudes consistía en un exquisito respeto a la opinión de los demás, tanto de sus colaboradores como incluso de los propios antagonistas. Ese respeto a la opinión ajena lo llevaba a sus límites máximos, aunque debe proclamarse que, debido a lo acertado de sus juicios y a su gran talento, rara vez sus asesores discrepaban de él, si bien, en definitiva, la decisión última en cuestiones jurídicas a ellos se la otorgaba.

Característica también de su temperamento era la violencia de sus reacciones

en defensa de quienes con él colaboraban, y su afecto hacia ellos le impulsaba, cualquiera que fuese la preocupación que en un momento dado le embargase, a abandonarlo todo para, atravesando fronteras y valiéndose del medio de locomoción más rápido, acudir al lado del colaborador enfermo e infundirle con su presencia el aliento y ánimos que el padre más solícito pudiera prodigar. Así correspondía Juan March a la lealtad de quienes con él colaboraban: con un conmovedor sentimiento paternal que hacía sentirse protegido y amparado. Esta sola faceta de su alma noble le hace acreedor al más emocionado recuerdo de quienes tuvimos el privilegio de gozar de su afecto y amistad.

Su sentido realista le hizo propugnar en sus empresas la política de que el que trabaja debe ser adecuadamente retribuido, primero, por ser justo hacerlo así y, además, porque se evita que las preocupaciones económicas depriman su ánimo, con merma del rendimiento de su labor, mientras que el sentimiento de seguridad para su hogar que una justa retribución proporciona le permitirá entregarse a su trabajo con sana alegría.

Sus hábitos de vida se regían por una casi increíble moderación y parquedad. Siempre huyó de refinamientos y comodidades y jamás pretendió honores —por otra parte, bien merecidos— ni expresiones de agradecimiento por su noble proceder.

Todos estos rasgos serían por sí solos suficientes para rendir a la figura de Juan March tributo de respeto y admiración, pero existe otro que es necesario proclamar a los cuatro vientos como elogio máximo que puede otorgársele: su grande, su apasionado amor a España, puesto de manifiesto, a veces con verdadera emoción, en todos los actos de su vida y en las conversaciones mantenidas con sus más íntimos colaboradores. Guía y motor de muchas de sus relaciones económicas con el extranjero, e incluso de alguno de los litigios en que puso en riesgo sus intereses, fue ese ilimitado amor a España. En tales ocasiones —soy testigo de mayor excepción— sus actos estuvieron siempre inspirados no en la obtención de beneficios económicos personales, sino en el respeto a la justicia y en su afán de servir a España.

Con Juan March desaparece una figura señera, cuya verdadera dimensión es imposible reflejar hoy porque para ello nos falta perspectiva; pero no se ha ido del todo: queda su obra...

PADRE FELIX GARCIA

Don Juan March murió con la serenidad moral del cristiano y con la fortaleza del hombre que comprende que le llega la hora, la de la gran llamada, y se dispone inteligentemente para la partida definitiva.

Desde el primer momento tuvo la clarividencia de que se moría. "Me muero —me decía con aquella sobriedad y precisión de su palabra—; pero lo importante es morir bien, con el perdón de Dios. No hay tiempo que perder"...

A petición suya, bien avanzada la noche, me acerqué a su habitación de la clínica —unas cuantas pulgadas, las que bastan para rendir escala en lo eterno— y me dijo decidido, con su mejor estilo de hombre de negocios, del hombre de las visiones rápidas: "Esto urge... Este es el más importante acto de mi vida". Y cuando oyó las palabras sacramentales sintió como una paz desconocida, distinta. "Ya está... —decía—; ahora a esperar lo que Dios quiera".

El que huyó siempre del halago y del aura popular como de una tentación recibi-
bió, a la hora de la verdad, incontables y sentidas manifestaciones de reconocimiento, lo mismo de hombres de letras que de la política, lo mismo de banqueros internacionales que de hombres de gobierno y de las finanzas; pero, sobre todo, el testimonio multiplicado y emocionado de trabajadores y de gentes humildes y de personas desconocidas "que rezaban por don Juan" y enviaban estampas y medallas "para que se las pongan a don Juan". Todo eso no era más que la expresión de la gratitud por las incesantes caridades realizadas en silencio, el mejor tanto por ciento de una siembra de bien realizada sin reservas a lo largo de su vida.

Eso es lo que tiene validez, a la hora de la verdad, por encima de cualesquiera otras estimaciones mudables y aventuradas, cuando lo defectible y frágil de nuestra condición humana queda superado dichosamente por el acierto definitivo de entender cuál es "lo único necesario". Morir, como diría el poeta, bajo el signo de la cruz.

El vacío que en España deja D. Juan March es irreparable.